

San Gregorio Magno

DOMINGO III DE ADVIENTO

En el Evangelio de este día, hermanos carísimos, tenemos que investigar cómo San Juan, profeta, y más aún que profeta, que da a conocer al Señor cuando llega al bautismo del Jordán, diciendo: «Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo», que considerando su propia pequeñez y el poder de la divinidad de Jesús, dice: «El que es de la tierra, de la tierra habla; pero el que viene del cielo está sobre todos»; tenemos que investigar, digo, cómo estando en la cárcel envía a sus discípulos a Jesús y pregunta: «¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? », como si no conociese a quien había anunciado y no supiese que era el mismo a quien había aclamado cuando profetizaba, bautizaba y anunciaba. Pero esta duda desaparece bien pronto, si se tiene en cuenta el tiempo y el orden de los acontecimientos. Cuando San Juan se encontraba en las corrientes del Jordán aseguró que Jesús era el Redentor del mundo; pero, una vez encarcelado, pregunta si es él mismo el que viene, no porque dude que es el mismo Redentor del mundo, sino para saber si este que había venido al mundo por sí mismo bajaría también por sí mismo a las profundidades del infierno. Pues sería precursor suyo en el otro mundo, del propio modo que, precediéndole en el nacimiento, le había anunciado a éste. Pregunta, pues: « ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?» Que es como si dijese: dínos si así como te dignaste nacer para los hombres, te dignarás también morir por ellos, para que yo, que fui precursor de tu nacimiento, sea también precursor de tu muerte, y anuncie tu bajada al infierno como anuncié que habías venido a este mundo. A esta pregunta responde inmediatamente el Señor enumerando los milagros de su omnipotencia y afrentoso de su muerte, diciendo: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son curados, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados, y bienaventurado el que no se escandalice en mí.» Vistas tantas señales y tantos milagros, ninguno pudo escandalizarse, sino admirarse. Pero los infieles encontraron en El un gran escándalo cuando le vieron morir después de obrar tantos milagros. De aquí que diga San Pablo: «Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y necedad para los gentiles». Pues pareció necedad a los hombres que el Autor de la vida muriese por ellos: y allí tomó el hombre ocasión de escándalo por donde debió quedarle más reconocido. Porque Dios debe ser honrado por los hombres tanto más dignamente cuanto que por ellos tomó sobre sí las cosas más indignas: «¿Qué significa decir bienaventurado el que no se escandalizare en mí?», sino manifestar claramente lo vil y afrentoso de su muerte? Que es como si nos dijese: hago cosas maravillosas, pero no me desdeño de sufrir las humillaciones. Luego si muriendo te sigo, deben cuidar mucho los hombres el no despreciar en mí la muerte venerando los milagros.

Pero, despedidos los discípulos de San Juan, oigamos lo que el Señor dice del mismo San Juan a las turbas: «¿Qué fuisteis a ver en el desierto? ¿Caña agitada por el viento?» Cuya pregunta hace, no afirmando, sino negando. En

efecto, tan pronto como la caña es impulsada por el viento, se inclina a una u otra parte. Y ¿qué otra cosa quiere significar por la caña sino al hombre carnal que tan pronto como es tocado por el viento de la adulación o de la difamación, inmediatamente se inclina a una u otra parte? Así vemos que si recibe el aura de la adulación, se regocija, se engríe y se inclina casi por completo al lado del favor; pero, por el contrario, que se levante el viento de la difamación de donde venían las alabanzas e inmediatamente se inclina a la parte opuesta del furor. Pero San Juan no era caña agitada por el viento, porque a él ni le hacía suave la adulación, ni la difamación áspero; ni las prosperidades le levantaban, ni le humillaban las adversidades. San Juan no era caña agitada por el viento, porque no se separaba de la rectitud por ninguna variación de las cosas. Aprendamos, pues, carísimos hermanos, a no ser caña agitada por el viento; afiancemos nuestro ánimo puesto a merced de la adulación o de la difamación y permanezca inflexible el estado de nuestro corazón. Ninguna difamación nos arrastre a la ira, ni la adulación nos seduzca; no nos engrían las prosperidades, ni desfallezcamos por las adversidades, para que los que nos apoyamos sobre la firmeza de la fe no vacilemos por la mutabilidad de las cosas que pasan.

Pero aún continúa el Evangelio: « ¿Pues qué fuisteis a ver en el desierto? ¿A un hombre muellemente vestido? Ved que los que visten muellemente habitan en los palacios de los reyes.» A San Juan se nos le describe vestido con ropas hechas de pelo de camello. ¿Y qué significan aquellas palabras: «Ved que los que visten muellemente habitan en los palacios de los reyes», sino demostrar clara y terminantemente que no sirven al rey celestial, sino al terreno, los que huyen de sufrir por Dios las molestias y que, apegados a las cosas exteriores, buscan la molicie y los deleites de este mundo? Por lo tanto, ninguno piense que en el exceso y nimiedades del vestido no hay pecado; porque si no le hubiese, en manera alguna hubiera alabado el Señor a San Juan por la aspereza de su vestido; si en esto no hubiera culpa, de ningún modo el apóstol San Pedro hubiera reprendido a las mujeres el deseo de vestidos preciosos, diciendo: «No en el vestido precioso». Considerad, pues, cuánta culpa no será en un hombre el desear vestidos elegantes, cuando el pastor de la Iglesia procuró prohibírselo a las mujeres.

Aunque lo que se dice de San Juan que no estaba vestido muellemente, puede entenderse de otro modo por la significación. Pues no se vestía muellemente, porque no fomentó con lisonjas la vida de los que pecan, sino que la reprendió áspera y rigurosamente, diciendo: «Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado que huyáis de la ira que está para venir?». Salomón dice por eso: «Las palabras de los sabios son como espuelas y como clavos fijos en lo alto». Las palabras de los sabios se comparan a los clavos y a las espuelas, porque no saben adular las culpas de los delincuentes, pero sí aguijonear.

« ¿Pues qué fuisteis a ver en el desierto? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta.» La misión del profeta es predecir los futuros, no mostrarlos; luego San Juan es más aún que profeta, porque al que había profetizado precediéndole, le mostraba indicándole con la mano. Ahora bien: puesto que San Juan no era caña agitada por el viento, ni estaba vestido muellemente, ni le alcanzaba el nombre de profeta, oigamos ya qué nombre se le puede

dar dignamente. Continúa el Evangelio: «Este es de quien está escrito: He aquí que envío un ángel ante ti que preparará tu camino ante ti». Lo que en griego se denomina *ángel*, en latín se llama *enviado* con justicia, pues, se llama ángel al que es enviado para anunciar al Juez supremo, para que así su nombre tenga la dignidad correspondiente al cargo que cumple. El nombre, desde luego, es elevado, pero la vida no es inferior al nombre.

Ojalá, carísimos hermanos, no lo digamos para juicio nuestro, es a saber: que todos los que son contados en el número de los sacerdotes son llamados ángeles, según las palabras del profeta, cuando dice: «Los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de su boca buscan la ley, porque es ángel del Señor de los ejércitos». Pero ese nombre tan elevado también vosotros lo podéis merecer si queréis; pues cada uno de vosotros en cuanto él alcanza según la gracia divina que ha recibido, si aparta al prójimo del pecado, si procura exhortarle a obrar bien, si recuerda al que falta el reino o el suplicio eterno, es ciertamente ángel al usar las palabras de santa amonestación. Y ninguno diga: yo no sirvo para amonestar, no soy idóneo para exhortar. Haz lo que puedas, para que no se te pida cuenta en los tormentos de lo recibido y mal guardado. No había recibido más que un solo talento aquel que prefirió enterrarlo a gastarle en su provecho.

Sabemos que para el tabernáculo del Señor se fabricaron por mandato suyo no sólo vasos, sino también copas. Por vasos se designa la doctrina abundante y por copas la ciencia escasa y pequeña. Lleno uno de la doctrina de la verdad, colma la mente de los que le escuchan, y por lo que dice, ofrece como un vaso lleno; otro no puede decir todo lo que siente; más por cuanto lo expone como puede, es como si da a gustar una copa. Por lo tanto, puestos en el tabernáculo del Señor, esto es, en la Iglesia, sí no podéis administrar la doctrina santa en vasos, en cuanto podáis, auxiliados por la divina gracia, dad a vuestros prójimos copas de saludable doctrina. A medida que pensáis haber adelantado, llevad a otros con vosotros, y desead tener compañeros en el camino de Dios. Si alguno de vosotros, hermanos míos, va a la plaza o al baño al que considere que está ocioso invítele a que vaya con él. Que os acompañen vuestras mismas acciones terrenales, y si os dirigís a Dios, procurad no ir solos. Pues está escrito: «El que oye, diga: Ven» De modo que quien ha recibido en su corazón la voz del amor supremo devuelva también exteriormente al prójimo la palabra de exhortación. Quizá no tenga pan con que socorrer al necesitado; pero el que tiene lengua dispone de un bien mayor que puede distribuir; pues vale más el reanimar con el alimento de la palabra al alma que ha de vivir para siempre, que saciar con el pan terreno al cuerpo que ha de morir. Por lo tanto, hermanos, no neguéis al prójimo la limosna de vuestra palabra. Os aconsejo —y a mí mismo— que huyáis de toda palabra ociosa y evitéis el hablar inútilmente, puesto que nos dice el juez: «Toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio». Y es ociosa toda palabra que no es buena o necesaria. Por lo tanto, cambiad las palabras ociosas e inútiles en palabras de edificación; considerad con qué velocidad pasa la vida y pensad con qué rigor ha de venir el Juez. Tenedle siempre presente en vuestro corazón y grabadle en la mente de vuestros prójimos, para que si no descuidáis en anunciarle en cuanto os lo permitan vuestras fuerzas, podáis ser llamados

por El ángeles, con San Juan: Dios que vive y reina por los siglos de los siglos, se digne otorgaros este título. Amén.

(San Gregorio Magno, *Homilías sobre los Evangelios*, NEBLI, Madrid, 1957, Pág. 78 - 88)